

C. G. Jung

## EL NEGRO Y EL INDIO EN LA CONDUCTA DEL AMERICANO <sup>(1)</sup>

**A**L ingenuo europeo nunca se le ha ocurrido pensar que la psicología del americano medio pueda ser particularmente complicada o sofisticada. Al contrario, le impresionan la simplicidad y la derechura del pensamiento y las costumbres americanas. Le agrada considerar a los americanos como un pueblo muy activo, negociante y asombrosamente práctico, dedicado a un solo fin: el Dios Amarillo; y cuyo *handicap* tiene algo de lo que los magazines ingleses llaman «American»; algo que está en el límite de la manía: —«La gente colonial, sabe usted, parece un poco rara, como nuestros primos sudafricanos».

Así, al tener que referirme seriamente a los americanos y su psicología peculiar, es natural que mi público europeo se sienta, si no del todo chocado, al menos confundido y dispuesto a desaprobar. Queda por ver lo que pensarán de mis ideas los americanos.

---

(1) Hemos tomado de «Trapalanda», de Buenos Aires, publicación mensual de las mejores que dirige el cultísimo escritor Enrique Espinosa, este admirable ensayo de Jung. Esta conferencia fué pronunciada por el gran psicólogo y ensayista suizo al regreso de su último viaje a los Estados Unidos y publicada solamente en inglés en la revista «Forum» de Nueva York.

En 1909 visité por primera vez a los Estados Unidos. Tuve mi primera impresión del pueblo americano como un todo; antes había conocido solamente individuos. Recuerdo que caminando por las calles de Búffalo, a la salida de centenares de obreros de una factoría, como europeo ingenuo, no pude menos que hacerle notar a mi compañero americano: —«No se me había ocurrido que tuviera tanta sangre india vuestro pueblo».

—Qué, —dijo él— ¿sangre india? Apuesto a que no hay una sola gota en toda esta multitud. Yo contesté: —¿Pero no ve usted, sus caras? Son más indias que europeas.

En seguida me informaron que la mayoría de esos trabajadores eran de origen irlandés, escocés y germano. Quedé confundido y algo incrédulo; y sólo más tarde llegué a ver cuán ridícula había sido mi hipótesis. Sin embargo, mi impresión se mantuvo en pie y los años no han hecho más que confirmarla.

Cuando volví de América, me traje ese particular sentimiento de insatisfacción, propio del que se ha equivocado en cierto modo. Tuve que confesar que me fué imposible «pescarlos». Sabía tan solo que una diferencia sutil separaba al americano del europeo una diferencia semejante a la que existe entre el hombre de Australia y el de Sud Africa. No tanto de los caracteres anatómicos como de la conducta toda, a la vez física y mental. Es evidente en el lenguaje, en los gestos, en la mentalidad, en los movimientos del cuerpo y aun en aspectos más nebulosos. Se puede a este propósito decir muchas cosas ingeniosas e inteligentes, y, sin embargo, no llegar a analizar esa diferencia.

Pero otra impresión se fijó asimismo en mi mente. No la noté al principio y no ha hecho más que perseguirme como sucede con las cosas que tienen cierta importancia y aun no han sido comprendidas.

Fuí en una ocasión huésped de una rígida y solemne familia de Nueva Inglaterra, cuya respetabilidad era casi horrible. Me sentí como en casa, pues hay también en Suiza gente tan conservadora y tan respetable. Pero servían la mesa unos criados negros que me dieron la impresión de que estaba comiendo en un circo. Me sorprendí examinando prolijamente los platos como para hallar las huellas de los dedos negros. Una solemnidad sin motivo rodeaba el almuerzo, una solemnidad, creo, propia de la gran virtud o de algo por el estilo. En ningún caso, se rieron. Todos eran muy amables y muy corteses.

Por último, no pude más y para bien o para mal empecé a hacer chistes. No dejaron de celebrarlos con sonrisas condescendientes; sin embargo, no conseguí despertar esa risa americana, cordial y generosa que amo y admiro tanto. Bien,—pensé—la sangre india, las caras de madera, los mongoles de camouflage. ¿Por qué no ensayar algo chino con ellos? Y llegué a mi última historia—una realmente buena—que no bien hube terminado, desató una enorme avalancha de risa precisamente a mis espaldas. Era el criado negro, era la verdadera risa americana, esa risa grande, sin límites, no sofisticada, mostrando hileras de dientes, paladar, lengua, todo.

Me gustó ese hermano del Africa.

## II

La risa americana es muy impresionante. Reír es una manifestación emotiva y se aprende muchísimo sobre el carácter de la gente a través del estudio de su manera de reír. Hay la gente que padece una risa mutilada. Da pena verla reír y el sonido de esa matraca estridente, dura y comprimida, casi nos

enferma. América es un país que sabe reír. Esto significa muchísimo, significa que todavía posee ingenuidad, salud emotiva y relación inmediata entre sus semejantes.

Esta risa se acompaña de una notable vivacidad y de una gran facilidad expresiva. Los americanos son grandes habladores. Su charla llega hasta sus periódicos, monstruosamente grandes, de modo que la charla se continúa en la lectura. El estilo de tal prosa americana es un estilo hablado. Cuando no es demasiado pedestre es para el europeo, tan fresco y regocijante como la risa americana. Pero, desgraciadamente, a menudo, no pasa de cháchara—el ruido de un gran montón de nueces vacías.

Una de las mayores ventajas del idioma americano es su slang. Yo estoy lejos de burlarme de él; por el contrario, me agrada profundamente. El slang es un lenguaje en formación, una cosa llena de vida. Sus figuras no son metáforas roídas por gusanos o imágenes pálidas consagradas por edades inmemoriales y por convenciones pulidas, correctas y rígidas. Son figuras llenas de vida, con el vigor de su origen terrenal y el incomparable sabor de un país extraño y nuevo. En América se siente fluir una nueva y extraña corriente de vida a través del viejo idioma inglés.

Los ingleses se asombran con frecuencia sin explicárselo. ¿Es producto del nuevo país solamente? Lo dudo. Y en seguida daré mis razones.

El americano muestra en sus movimientos una fuerte inclinación a la negligencia. Esto es evidente en su andar, en el modo de usar el sombrero o el cigarro; y en la manera de hablar. Los americanos se mueven con las articulaciones flojas y las caderas oscilantes. Esta característica de las mujeres negras primitivas se observa frecuentemente en las mujeres

americanas, mientras el porte movedizo es habitual en los hombres.

La característica más asombrosa de la vida americana es su ilimitada promiscuidad. Todo el mundo se siente con derecho a ponerse en contacto con el prójimo. Y esto parece agradar. Mas, para un europeo del centro como yo, la falta de distancia entre la gente, la ausencia de verjas alrededor de los jardines, el afán de popularidad, las columnas chismosas de los periódicos, las puertas abiertas de las casas (desde la calle uno puede ver a través de la sala y del dormitorio adyacente, el fondo); todo esto es más que desagradable, es realmente horrible. Uno se siente de pronto arrastrado por una ola febril y absorbente de incontinencia emotiva que no conoce límites. Se la ve en el ansia y en la prisa de la vida diaria, en todas las manifestaciones del entusiasmo; en los orgiásticos estallidos sectarios y en la violencia de su admiración o reprobación pública.

Esta abrumadora influencia de las emociones colectivas se extiende a todo. Sobrepasa con facilidad la medida y lleva a la gente a situaciones que de seguro el arbitrio individual hubiese impedido. Tiene decididamente un efecto aplastante sobre la psicología americana. Se nota sobre todo en el problema sexual, en su evolución después de la guerra. Hay una marcada tendencia a la promiscuidad que no sólo se ve en la frecuencia de los divorcios sino también y más aun, en la falta de prejuicios de orden sexual en la juventud.

Como resultado inevitable, la relación individual entre los sexos ha de resentirse. El contacto fácil nunca despierta y desarrolla los valores del carácter porque no permite una profunda comprensión mutua. Tal comprensión sin la que no puede existir el verdadero amor, sólo puede alcanzarse venciendo todas las dificultades que nacen de la diferencia psicoló-

gica de los sexos. La promiscuidad paraliza todos esos esfuerzos, de modo que la relación individual parece absolutamente superflua. Así cuanto más prevalece una libertad sin prejuicios y una fácil promiscuidad tanto más chato se vuelve el amor; degenera en juego sexual transitorio.

Toda la vida americana parece ser la vida de las grandes aglomeraciones, verdadera vida de ciudad. Hasta la comuna más pequeña se niega el carácter de pueblo y tiende a hacerse ciudad. Se dijera que todo fuera colectivo y standardizado, pues la ciudad rige el estilo de vida, aun en el campo. Una vez, al visitar cierto lugar de veraneo donde se hace la llamada vida de campo, un amigo europeo que iba conmigo me dijo : «Apuesto que tienen un tratado de camping». Y en efecto; ahí estaba brillando, rojo y oro en el estante.

El campo es admirable—no, mejor, divino—con el leve perfume de eternidad sin historia del aire. Los grillos no temen al hombre y la charla de los sapos en la noche con el chasquido prehistórico de su voz. Sí, existe *realmente* el campo. Nadie parece estar en él, y menos que nadie, estos ciudadanos apresurados, charlatanes, ruidosos y automovistas. No están adheridos a la tierra como los indios rojos. Entre los indios uno está particularmente contento; ellos están en su país y no encima de él; de modo que entre ellos sí existe la paz de Dios.

### III

Conozco muy bien las naciones que dieron origen a los Estados Unidos; pero si me apoyara sólo en la teoría de la herencia no podría de ningún modo explicar cómo los americanos que descienden de cepa

europaea han llegado a obtener esas peculiaridades tan llamativas. Puede suponerse que algunas de esas características son supervivencias de la vieja manera *pioneer*; mas no hallo ninguna conexión entre las cualidades particulares que he mencionado y el carácter de los primeros colonos. Existe, en verdad, una hipótesis mucho mejor para explicar el temperamento americano: se basa en el hecho de que los Estados Unidos están saturados por la figura tan llamativa y sugerente del negro. Algunos Estados son en más de su mitad negros; un hecho que puede asombrar al ingenuo europeo que cree a los Estados Unidos una nación blanca. Pero no es del todo blanca, si se me permite; es en parte coloreada. No hay que hacerle, es así.

Ahora bien, qué puede ser más contagioso que vivir en contacto con un pueblo tan primitivo. Vayamos al Africa a ver qué sucede. Cuando el resultado es evidente hasta saltar a la vista decimos que es «volverse negro». Pero cuando no es tan evidente lo explicamos diciendo que es «el sol». (En la India es siempre el sol). En verdad, es un volverse negro parcial equilibrado por un convencionalismo particularmente rígido (con sus subdivisiones de rectitud y respetabilidad conspicuas). Con tal convencionalismo la gente se vuelve muy seca aunque hagan responsable de ello al sol

Al europeo le es más fácil ser un poco inmoral o por lo menos algo disipado, pues no tiene que defender el standard moral contra el aplastante empuje de la vida primitiva. El hombre primitivo ejerce una influencia tremenda sobre los seres civilizados que se ven obligados a vivir con él porque fascina las capas inferiores de nuestra psique, que ha vivido durante edades inmemoriales en condiciones semejantes. *On revient toujours a ses premiers amours*. El contacto con el primitivo trae a nuestro subconciencia mental

no sólo el recuerdo de nuestra infancia sino también de nuestra prehistoria; y para las razas germánicas esto significa un retroceso de no más de doce siglos. El hombre bárbaro es todavía asombrosamente fuerte en nosotros y se rinde sin dificultad al encanto de sus primeros recuerdos. De ahí que se defienda tan decididamente. Los pueblos latinos, que son más viejos, no necesitan defenderse tanto. Por eso su actitud hacia el negro es diferente de la del hombre del norte.

Pero la defensa del hombre germánico sólo alcanza hasta donde alcanza su conciencia. Por debajo del dintel de la conciencia el contagio no es muy resistido. Puesto que el negro vive en sus ciudades y hasta en sus casas vive asimismo, subconscientemente, dentro de su piel. Es claro, la reacción es mutua. Así como todo judío tiene un complejo cristiano, así todo negro tiene un complejo blanco y todo americano blanco un complejo negro. El negro, por así decirlo, lo daría todo por cambiar de piel; pero el hombre blanco se resiste a admitir su contacto con el negro.

¿Y la risa americana, entonces? ¿La ilimitada y ruidosa sociabilidad? ¿El placer de los movimientos y ejercicios de toda clase? ¿El andar desarticulado, la danza y la música negroide? (Entre paréntesis: el ritmo del jazz es el mismo del *n'goma*, la danza africana). Con un acompañamiento de música de jazz se puede bailar perfectamente el *n'goma*, con todos sus saltos, balanceos y vaivén de hombros y caderas. La música americana está en su mayor parte saturada hasta la evidencia de ritmos y melodías africanas.

Es imposible dejar de ver que el negro ha afectado la conducta del americano con su movilidad primitiva, su emocionalismo expresivo, su espontaneidad infantil, su sentido de la música y del ritmo, su lenguaje



gracioso y pintoresco. Como todo médico y psicólogo sabe, nada es más contagioso que los tics, el tartamudeo, los movimientos coreicos y los signos de emoción, particularmente la risa y las peculiaridades del lenguaje. Aun cuando se deja de comprender un chiste en lengua extranjera no se puede dejar de reír si los demás ríen. El tartamudeo puede ser también de lo más contagioso, de modo que con dificultad se deja de imitarlo involuntariamente. El ritmo y la melodía son asimismo contagiosos; pueden obsesionarnos durante días. En cuanto al lenguaje, es irritante hasta que punto nos afectan su dicción y sus metáforas. Se empieza con una fórmula de disculpa: «se dice», y pronto descubrimos que nosotros estamos diciendo inconscientemente de acuerdo con la nueva dicción o metáfora, porque no podemos evitarlo.

El hombre blanco es un terrible problema para el negro y cuando afectamos profundamente a alguien, entonces de modo misterioso algo vuelve de él a nosotros. El negro por su mera presencia es en América una fuente de infección temperamental y mimética que el europeo no puede dejar de ver, pues hay un abismo fatal entre el negro americano y el de África.

Esta infección racial es un serio problema psíquico y moral allí donde una raza primitiva supera en número al hombre blanco. En América este problema es sólo relativo porque a lo largo del país los blancos sobrepasan en número a los negros. Los blancos aparentemente pueden asimilar la influencia primitiva con escaso riesgo. Sin embargo, aun el visitante casual pronto advierte que existe «el problema del negro» en los Estados Unidos.

Por mi parte estoy convencido en absoluto de que algunas características americanas pueden derivarse directamente del negro, mientras que otras resultan de un proceso compensatorio contra su laxitud. Pero

estas son cosas puramente externas que dejan intacta la esencia del carácter americano, de lo contrario la América del Norte sería un ejemplo total de «enne-grecimiento».

#### IV

Como no soy «behaviorista», creo que estamos muy lejos del hombre verdadero cuando observamos su conducta. Considero que la conducta no es más que una cáscara que oculta la verdadera substancia viviente. Así bajo las maneras ligeramente negroides del americano, discierno con toda claridad al hombre esencialmente blanco y me pregunto: ¿es este hombre blanco americano un blanco o es diferente a su modo del hombre blanco europeo? Me parece que existe una diferencia notable, tanto externa como íntima; y esto nos lleva a la segunda parte de mi teoría.

Aunque parezca misterioso e increíble es un hecho evidente en la historia, que el hombre suele ser asimilado por el país. En el aire y en el suelo de un país hay una  $x$  y una  $y$  que lentamente invaden al hombre y lo conforman según el tipo aborígen, hasta el punto de modificar ligeramente su aspecto físico. Establecer un hecho tan absolutamente manifiesto en términos exactos, es, lo admito, muy difícil. Con todo, hay muchas cosas que escapan a los medios de exacta verificación científica a pesar de su naturaleza obvia e indiscutible. Por ejemplo, piénsese en la sutileza de expresión de los ojos, de los gestos, de la voz. Prácticamente todo el mundo la percibe y ni siquiera al idiota se le escapa. Sin embargo, dar una explicación absolutamente científica es muy arduo.

Aceptemos pues el hecho de la existencia de estos signos sutiles en el hombre. A veces asoman en las líneas de su rostro, a veces en sus ademanes o en su

mirada y a veces en su alma que se trasluce a través del velo de su cuerpo. Por tales signos es posible a menudo determinar de qué país procede un hombre. Conozco muchos casos de chicos de padres totalmente europeos nacidos en países exóticos que delataban los signos de su lugar de nacimiento, ora en los imponderables de su apariencia, ora en su mentalidad o en ambas a la vez, a tal punto que no sólo yo sino gente que ignoraba completamente esa circunstancia podía hacer el diagnóstico. Recuerdo, sobre todo, haber visto en Nueva York una familia de inmigrantes alemanes. Tres de los hijos habían nacido en Alemania y cuatro en América. Los primeros eran manifiestamente alemanes, mientras que los otros eran inconfundiblemente americanos.

En cierto modo, un país extraño se mete bajo la piel de los que han nacido en su suelo. Algunos pueblos muy primitivos están convencidos de que no es factible usurpar un territorio extraño porque los hijos nacidos allí heredan los malos espíritus ancestrales que moran en los árboles, en las rocas y en el agua del país extraño. Esta intuición de los primitivos contiene una verdad sutil. Significa que el espíritu del indio conquista al americano por dentro y por fuera. En verdad, existe casi siempre una asombrosa semejanza entre las facciones del americano y las del indio rojo, más en las caras de los hombres que en las de las mujeres. Las mujeres son siempre un elemento más conservador a pesar de su conspicua afectación de modernidad. Esta es una paradoja, ciertamente, una de las muchas paradojas de la naturaleza humana.

Que el hombre se adapte exteriormente a las peculiaridades de un país es algo que casi debe descontarse. No hay nada extraordinario en ello, pues la influencia externa es débil comparada con la menos visible, pero más intensa de la mente. Quizá mu-

cho antes de reaccionar el cuerpo, la mente ha sufrido cambios considerables, cambios que no son obvios para el individuo mismo o para su círculo inmediato, aunque son evidentes para uno de afuera. Así no es de esperar que un americano común que no ha vivido un par de años en Europa comprenda cuán diferente es su actitud mental de la del europeo, ni es de esperar que el europeo común discierna su diferencia del americano. Esta es la causa de que parezcan raras o ridículas muchas cosas que son realmente típicas de un país extranjero. Las condiciones que las han originado son ignoradas o incomprendidas. No parecerían raras o ridículas si se percibiera la atmósfera local a que pertenecen y que las hace perfectamente comprensibles y lógicas.

Casi todo gran país tiene su actitud colectiva que se podría llamar su genio o su *spiritus loci*. En ocasiones se puede encerrar en una fórmula, en otras es más evasiva, aunque siempre está presente y en forma inefable, como una especie de aire que lo invade todo: el aspecto de la gente, su lenguaje, sus gestos, su indumentaria, sus intereses, sus ideales, su política, su filosofía, su arte y aun su religión. En una civilización bien definida con un fondo histórico firme, tal como la francesa, se puede descubrir fácilmente la clave del espíritu nacional. En Francia es *la glorie*, que es una marcada psicología del prestigio en su forma más noble como en las más ridículas. Se advierte en la conversación, en los gestos, en las convicciones, en el estilo general, en la política y aun en la ciencia.

En Alemania es la *Idea* y está encuadrada en todos. No hay seres humanos simplemente. Uno es *Herr Professor*, o *Herr Geheimrath*, o *Herr Oberrechnungsrat*, o algo más extenso todavía. A veces la idea germana es verdadera y a veces errónea, pero

nunca deja de ser una idea, ya pertenezca a la filosofía más elevada o ya sea un prejuicio estúpido.

La verdad más íntima de Inglaterra y al mismo tiempo de más valiosa contribución al acervo de la familia humana es el *gentleman*. Nacido de la nebulosa caballería del principio de la Edad Media, el código del gentleman rige hasta en el más pequeño rincón de la vida inglesa moderna. Es un principio definitivo que nunca falla en su peso convincente. Es a la vez la brillante armadura del perfecto caballero de cuerpo y alma y el miserable ataúd de nuestros pobres sentimientos naturales.

Pero ¿pueden resumirse igualmente otros países como por ejemplo: Italia, Austria, España, Holanda, Suiza? Son todos países muy característicos, pero su espíritu es difícil de aprehender. No se puede expresar con una palabra, requiere por lo menos varias. América es también uno de esos países cuyo corazón no puede ser atravesado de un solo tiro. El prejuicio europeo diría: Dinero; pero los únicos que pueden pensar de ese modo son aquellos que no tienen idea de lo que el dinero significa para los americanos. Si ellos fueran americanos *sería* el dinero. Pero América no es tan simple:

Naturalmente, que existe allí el vulgar materialismo tanto como en otras partes. Pero existe también un admirable idealismo que no tiene su igual en ninguna parte. Para el europeo el dinero arrastra consigo aun algo del antiguo tabu que data de los tiempos en que todo negocio era deshonesto sin excepción. Por eso es de buen tono entre nosotros ocultar los asuntos de dinero. El americano, libre de esos factores históricos puede tomar y gastar el dinero sin más. Por esa razón América está particularmente libre del hechizo del dinero aunque lo produzca en tan grande escala.

V

América tiene, pues, un principio, un ideal o una actitud que no es seguramente el dinero. A menudo, escrutando la conciencia y subconciencia de mis pacientes y discípulos americanos he descubierto algo que sólo puedo definir como una especie de ideal heroico. Su esfuerzo más idealista se concentra en extraer lo mejor de cada hombre. Cuando descubren un verdadero hombre lo soportan y alientan con naturalidad hasta que finalmente tiene que sufrir el colapso de tanto esfuerzo, éxito y triunfos. Se observa en toda familia donde madres ambiciosas educan a los hijos con la idea de que deben ser héroes de algún modo. Se le encuentra en la factoría donde todo el sistema tiende a poner el mejor hombre en el mejor puesto. Y también en la escuela donde cada niño es entrenado para ser valeroso, audaz, eficiente y buen deportista. En una palabra: un héroe.

En América la gente trata de superar cualquier record aunque sea a costa de la vida. El cine abunda en héroes de toda clase. El aplauso americano bate el record mundial. El hombre «grande y famoso» no importa en qué «grande» es exaltado por las multitudes entusiastas. En Alemania se es grande si se tiene títulos muy largos; en Inglaterra si se es gentleman; en Francia si el prestigio de uno coincide con el del país; en las naciones pequeñas no hay grandeza viviente porque las cosas necesitan ser pequeñas; de ahí que sea generalmente póstuma. América es quizá el único país donde «la grandeza» es ilimitada aunque tal concepto de grandeza delata las convicciones y esperanzas fundamentales del país.

Para el americano todo esto forma parte de la naturaleza de las cosas. No es lo mismo para el europeo. Muchos europeos se ven invadidos por un sentimiento

de inferioridad cuando se ponen en contacto con América y su ideal heroico. En general, no suelen admitirlo. Así descartan de Europa, ruidosa y ridículamente, todo aquello que en América está abierto a la crítica, como su rudeza, su brutalidad y primitivismo. A menudo, el europeo experimenta su primera y decisiva impresión en la Aduana, de modo que su apetito se arruina de entrada. Es inevitable que la actitud heroica vaya acompañada de una especie de primitivismo; ha sido siempre el ideal de sociedades deportistas primitivas en cierto modo. Y aquí es donde entra en juego el espíritu histórico del indio rojo.

Obsérvese los deportes americanos. Son los más rudos, temerarios y eficaces del mundo. La idea de juego ha desaparecido prácticamente. Esos deportes exigen un entrenamiento que es casi cruel y una dedicación que es casi inhumana. Tales deportistas son gladiadores de pies a cabeza y la excitación de los espectadores nace de antiguos instintos afines a la sed de sangre.

Los estudiantes pasan por iniciaciones y forman sociedades secretas que no tienen que envidiar a las de las tribus bárbaras. En efecto, dichas sociedades secretas abundan en el país, desde la del Ku Klu Klan hasta la de los Caballeros de Colón, y sus ritos son análogos a las de todas las religiones primitivas. América ha resucitado los espectros del espiritismo cuya cuna es y cura las enfermedades con la Ciencia Cristiana que tiene mucho más que ver con el tratamiento mental del *shaman* que con cualquier otra ciencia. No obstante, se muestra eficaz, como, en verdad, eran las curas del shaman. No se les ha ocurrido nunca comparar el horizonte de Nueva York o de cualquier otra ciudad americana con el de un pueblo como Taos. Sin embargo, las casas se apilan en torres hacia el centro como en Taos. América no imita

a conciencia, instintivamente se modela a sí misma de acuerdo con la norma espectral del piel roja.

Esto nada tiene de milagroso. Siempre ha sido así. El conquistador subyuga el cuerpo del primitivo habitante, pero sucumbe a su espíritu. Roma en el cenit de su poderío contenía dentro de sus muros todos los misteriosos cultos del Oriente y el espíritu del más humilde de ellos—una misteriosa sociedad judía—transformó la más grande de las ciudades fundamentales. El conquistador hereda los malos espíritus ancestrales que decían los primitivos. Me gusta esta expresión tan pintoresca. Es breve y rica en matices.

Los hombres raramente quieren saber lo que es una cosa en sí; quieren saber si es favorable o desfavorable, recomendable o no, como si hubiera cosas indiscutiblemente buenas o malas. Las cosas son como las tomamos. No obstante, todo lo que vive corre su riesgo. Y un país en formación es naturalmente un gran riesgo para sí como para las demás naciones. No es mi tarea, a buen seguro, desempeñar el papel de profeta o de ridículo consejero de naciones, pues no hay nada que aconsejar. Los hechos no son favorables o desfavorables. Son simplemente interesantes. Y lo más interesante de América es que este pueblo infantil, impetuoso e «ingenuo» tiene quizá la psicología más complicada de todas las naciones.

(Traducción de Oscar Cohan).